



Mucho antes del surgimiento de la arqueología como ciencia, el hombre prehispánico manifestó una gran curiosidad y una profunda veneración por los vestigios de las civilizaciones desaparecidas: frecuentó centros ceremoniales en ruinas, excavó en ellos, exhumó reliquias e imitó viejos estilos. Tiempo después, durante la Colonia, los conquistadores y los indígenas siguieron realizando excavaciones, aunque ahora con fines de lucro.

ARQUEOLOGÍA DE LA ARQUEOLOGÍA

DE LA ÉPOCA PREHISPÁNICA AL SIGLO XVIII

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN



Pectoral olmeca con un par de glifos mayas tempranos. Se exhibe actualmente en la Galería Mexicana del Museo Británico.

REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

UNA ETERNA Y UNIVERSAL CURIOSIDAD POR EL PASADO

El vestigio de sociedades extintas siempre ha atraído, deslumbrado, seducido al hombre. Al aparecer un tiesto Coyotlatelco entre la tierra, un bronce griego en las aguas marinas o un zigurath mesopotámico en las arenas del desierto, la reliquia cautiva de inmediato a quienes tienen la fortuna de presenciar ese espectáculo único. Lo sabemos: cualquier antigüedad es, sin reservas, ese oscuro objeto de la curiosidad que invoca tanto a nuestra razón como a nuestra imaginación...

Las sociedades antiguas —sin importar su latitud geográfica— manifestaron una fascinación precoz por los monumentos del pasado. Por lo común, atribuyeron su presencia en el paisaje a los poderes sobrenaturales de dioses, héroes míticos, cíclopes, duendes o magos. En numerosas ocasiones, no obstante, los explicaron como creaciones de seres de carne y hueso. Así sucedió, por ejemplo, con los relieves de Taq-I-Boustán, Irán, interpretados correctamente por los musulmanes del siglo X como obra y efigie de Khosroes II (590-628 d.C.). Pero, de manera infausa para la memoria de este rey persa, no leyeron la vetusta escena pétrea como su coronación a cargo del dios Ahura-Mazda y la diosa Anahita, sino como el testimonio fehaciente de un triángulo amoroso entre dicho soberano, su esposa y el arquitecto del reino.

Obviamente, el interés por los tiempos idos fue más allá de historias apócrifas de amor galante, llevando al hombre a emprender verdaderas excavaciones en sitios arqueológicos. La primera de que se tiene memoria quedó consignada en la piedra fundacional del templo de la ciudad de Larsa, en Irak. Su texto cuneiforme nos revela que Nabónido (556-539 a.C.), rey de Babilonia, penetró por mandato divino los cimientos de este santuario, encontrando la piedra fundacional primigenia, colocada cientos de años atrás por Hammurabi (1792-1750 a.C.). El texto aclara que, gracias a esta exploración, Nabónido pudo restaurar el templo a la manera de su antecesor. Móviles distintos tuvieron otros pueblos del pasado. Recordemos, como muestra, a los soldados de César, quienes profanaron sepulcros en las ruinas griegas de Corinto para extraer bronce y cerámica que más tarde venderían en Roma a precios exorbitantes. En contraste, los arquitectos de Abd al-Rahmán I surcaron el subsuelo urbano de la Córdoba califal con el fin de recuperar columnas romanas para soportar las arcadas de la reina de las mezquitas andaluzas.

Como era de esperarse, muchos de estos hallazgos tempranos —intencionales o fortuitos— incitaron el coleccionismo. Los emperadores chinos de los siglos II y I a.C. atesoraron vasos de bronce con inscripciones, algunos de ellos del siglo VII a.C.; los gobernantes incas apreciaron particularmente la cerámica moche con escenas eróticas; la residencia de Lausus en Constantinopla —presa de las llamas en 475 d.C.— resguardaba un conjunto único de esculturas griegas clásicas; Nabucodonosor (605-562 a.C.)



REPROGRAFÍA MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Los antiguos nahuas atribuían a los gigantes la construcción de las pirámides de Teotihuacan y Cholula. El origen de esta creencia quizá se encuentre en el hallazgo fortuito de huesos de fauna pleistocénica. *Códice Florentino*, lib. V, f. 11v.



REPROGRAFÍA MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

El mapa que acompaña a la "Relación de Tequizistlán y su partido" muestra las pirámides del Sol y de la Luna, así como varias de las estructuras que flanquean la Calle de los Muertos en Teotihuacan. Al centro de las ruinas fue anotado "oráculo de Monteçuma".



FOTO LEONARDO LÓPEZ LLUÁN

Relieves de estilo mexica de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl y Chalchiuhtlicue esculpidos en una peña del Cerro de la Malinche. Desde este sitio elevado se domina la Gran Plaza de Tula, Hidalgo.

**Incensario efígie del
Posclásico Tardío
que representa a
un dios descendente.
Fue depositado como
ofrenda sobre las
ruinas del Templo VI de
Dzibanché, Quintana Roo.**

FOTO: JORGE PÉREZ DE LARA / RAICES



REPRODUCCIÓN: MARCO ANTONIO PACHECO / RAICES

De acuerdo con los informantes de Sahagún, hay “personas que conocen dónde se crían las piedras preciosas, y es que cualquier piedra preciosa... está echando de sí vapor... y donde ven salir un humito delicado... cavan la tierra y hallan alguna caja de piedra, donde están algunas piedras preciosas escondidas”.
Códice Florentino, lib. XI, f. 207r.



Según David Stuart, el Altar 5 de Tikal registra la excavación prehispánica de una tumba real y la posterior reinterhumación del cadáver. Al centro de la escena, entre dos personajes arrodillados, se observa una pila de huesos coronada por un cráneo. La inscripción identifica los huesos como pertenecientes a una noble de Topoxté, Guatemala. Además, el texto parece señalar que la tumba fue “abierta” (*pas-ah*) unos ocho años después de su enterramiento.

TOMADO DE JONES Y SATTERTHWAIT, 1982. DIGITALIZACIÓN: RAICES

encerraba en su palacio babilonio imágenes de culto que iban del tercer milenio al siglo VII a.C. y que había arrebatado a sus enemigos para restarles poder; los habitantes de la península itálica usaban como amuleto antiquísimas puntas de pedernal (*veraunia*) para protegerse de las inclemencias del tiempo; el general Li Shouli fue enterrado en el año 741 d.C. con su colección de monedas bizantinas, persas, japonesas y chinas, algunas de más de mil años de antigüedad.

Los casos sobran, demostrándonos una y otra vez que estamos ante una fase embrionaria de la arqueología que dista mucho de su moderno ejercicio científico. Antes de la Ilustración, la reliquia era considerada un objeto singular, precioso, emotivo, sacro, sobreviviente de mundos desaparecidos y, por tanto, digno de ser coleccionado. En cambio, hoy, como ha señalado el arqueólogo francés Alain Schnapp, el científico no busca la calidad o la emoción en el vestigio material, sino reconstruir a través de él y de su contexto la vida de los ancestros de toda la humanidad. Para ello se vale de una disciplina rigurosa y precisa que se aproxima a los restos del pasado con la mayor de las objetividades y que cuenta con complejas técnicas, métodos y teorías.

LAS SOCIEDADES DESAPARECIDAS EN LA IMAGINACIÓN DEL HOMBRE PREHISPÁNICO

Los pueblos del México antiguo también sintieron una inmensa curiosidad por el pasado. Aunque los zapotecas, los epícolmecas, los mayas, los mixtecos y los mexicas desarrollaron sistemas de escritura, no lograron la misma profundidad y precisión en sus registros históricos que otras civilizaciones en el mundo. Sus gobernantes se valieron de este poderoso instrumento con fines fundamentalmente propagandísticos, comisionando la elaboración de códices y monumentos pétreos para dejar huella de su paso por la Tierra. Por desgracia, en la dimensión de los milenios, tales testimonios fueron tan limitados como vulnerables a la acción de los detractores, las catástrofes naturales y la intemperie.

En semejantes condiciones, el pasado remoto se volvió tan maleable como el futuro, convirtiéndose en un juego de espejos en el que se reflejaban mutuamente el recuento histórico y el relato mítico. Lo anterior explica por qué los antiguos nahuas del siglo XVI aseguraban que las grandes pirámides del Clásico fueron erigidas por seres portentosos y no por simples mortales. Dichas creencias surgieron tanto del desconocimiento arqueológico como de la atónita comparación de los antiguos edificios con sus propios templos, de mucho menores dimensiones. Bajo esta perspectiva, la majestuosa Pirámide del Sol en Teotihuacán sólo podía ser obra de dioses, gigantes o pueblos míticos como los toltecas o los emigrantes del paraíso de Tamoanchan. De hecho, toda la metrópolis arqueológica adquirió un aura divina durante el Posclásico: fue concebida como el venerable lugar de los orígenes, cuna del Quinto Sol y foco de dispersión de los pueblos originarios.

LAS ACTIVIDADES PREHISPÁNICAS EN LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS

Sabemos que el hombre prehispánico visitaba con asiduidad centros ceremoniales en ruinas, explorando ávidamente edificios y monumentos cuyas formas se adivinaban bajo la vegetación. En estos peculiares escenarios, caracterizados por el silencio y la desolación, llevaba a cabo una amplia gama de actividades. Lamentablemente, muchas de ellas no dejaron huellas perceptibles para los arqueólogos modernos. Estamos enterados de su realización gracias a varias fuentes históricas redactadas en el siglo XVI, como la “Relación de Tequizistlán y su partido”. Este interesante documento señala que las sociedades que vivieron ocho siglos después del turbulento colapso teotihuacano, la mexica entre ellas, destinaban las vetustas pirámides del Sol y de la Luna al culto, las consultas oraculares y el sacrificio de cautivos de guerra.

Por el contrario, otras actividades prehispánicas dejaron una marca indeleble en numerosos sitios arqueológicos de Mesoamérica. En un primer grupo se incluyen acciones que podemos calificar como “aditivas”. Ejemplo típico de este fenómeno es la adoración de los relieves de Chalcatzingo, Morelos, dos milenios después de su elaboración. En 1200 d.C., los tlahuicas añadieron un adoratorio y una escalinata monumental a este sitio arqueológico con el propósito de acceder fácilmente a los relieves del Conjunto B, de 1000 a.C. Un caso distinto es la elaboración de los relieves del Cerro de La Malinche, esculpidos por los mexicas frente a las ruinas de Tula Grande a finales del siglo XV. Esta singular obra, compuesta por las efigies de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl y Chalchiuhtlicue, ha sido interpretada ya como un homenaje mexica a las deidades heredadas de sus antepasados toltecas, ya como una “imagen histórica retrospectiva” del célebre gobernante de Tula, para validar la tradición mexica de esculpir los retratos de sus soberanos en las peñas de Chapultepec.

También son claras “adiciones” la inhumación de cadáveres y el enterramiento de ofrendas en el interior de edificios derruidos, expresiones que denotan la sacralización que se hacía de las ruinas. Como ilustración, mencionemos los restos mortales introducidos por gente del Posclásico Tardío dentro de la Estructura 1-R de la Ciudadela en Teotihuacan; el fastuoso ajuar funerario, también del Posclásico, depositado en la Tumba 7 de Monte Albán, y los incensarios-efigie colocados en el mismo periodo sobre el derrumbe de templos del Clásico Tardío en Dzibanché, Quintana Roo. Una de las últimas acciones de este tipo de que se tiene memoria es relatada por fray Diego Durán. El dominico cuenta que, estando aún en las costas del Golfo de México, Hernán Cortés envió a Motecuhzoma un regalo consistente en vino y bizcochos. Al recibirlo, el *tlatoani* mexica se negó a ingerir los alimentos —no sabemos si por su estado tras la larga travesía transoceánica— y señaló que “era cosa de los dioses”. Mandó entonces a sus sacerdotes que llevarsen la ofrenda a las



Reliquias del Preclásico halladas en contextos mayas del Clásico.
a) Ofrenda de la Estructura A-XVIII, Uaxactún, Guatemala.
b) Tumba de la plataforma VI-C, San Gervasio, Cozumel, Quintana Roo.



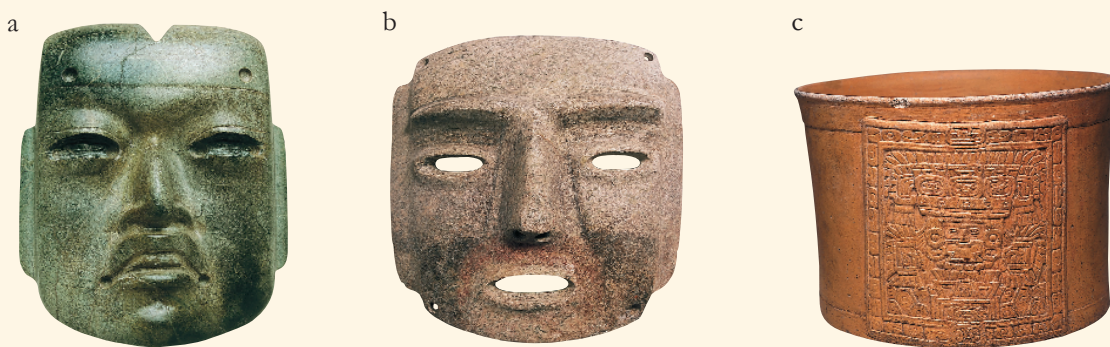
Antigüedades olmecas reutilizadas por los mayas. a) Cara anterior de un pectoral de 300 a.C., actualmente en Dumbarton Oaks. **b)** Cara posterior del mismo pectoral con inscripción e imagen de un dignatario maya llamado “Cielo-ave Moan”, grabado en ca. 50-1 a.C. **c)** Cuchara ceremonial con un texto maya que aludiría al “Señor del lugar nocturno”, encontrada en Guanacaste, Costa Rica.

REPROGRAFÍAS: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES



Antigüedades reutilizadas por los mexicas. a) Fragmento de una figurilla humana con yelmo de ave. b) Fragmento de una figurilla de hombre barbado. c) Pendiente en forma de colmillo de felino, posiblemente procedente de Guerrero. d) Cuchara ritual, quizá de Guerrero. Las tres primeras piezas proceden de la Cámara 3 del Templo Mayor, en tanto que la cuarta fue hallada en la Ofrenda 2 de la Catedral Metropolitana.

FOTOS: MARCO ANTONIO PACHECO / RAICES



Reliquias reinhumadas por los mexicas en el Recinto Sagrado de Tenochtitlan. a) Máscara de estilo olmeca. b) Máscara de estilo Mezcala con decoración mexicana: pintura facial de Xiuhtecuhtli. c) Vaso 9-Xi, tipo Anaranjado Delgado, con la imagen de un personaje-mariposa de estilo teotihuacano.

FOTOS: MARCO ANTONIO PACHECO / RAICES

ruinas de Tula y “que lo enterrasen en el templo de Quetzalcoatl, cuyos hijos eran los que habían venido”.

Las fuentes históricas también nos ofrecen testimonios de actividades “sustractivas”. Hablan específicamente de la excavación de edificios para extraer materiales de construcción, esculturas, ofrendas dedicatorias y sepulcros, acciones que muchos autores modernos han denominado con los términos peyorativos de “saqueo” y “pillaje”. Sin embargo, salta a la vista que la mayoría de estas operaciones no perseguían el lucro, sino la recuperación de objetos apreciados estéticamente y, sobre todo, tenidos como mágicos, puesto que eran obra de dioses, gigantes o pueblos míticos. Un pasaje contenido en la obra de Sahagún nos habla tanto del profundo conocimiento que tenían los mexicas y sus contemporáneos de los vestigios de Tula, como de la exploración del subsuelo en busca de antigüedades: “hay señales de las muchas obras que allí hicieron, entre las cuales dexaron... unos pilares de la hechura de culebra... Dexaron también una sierra o un cerro que los dichos tultecas comenzaron a hacer y no lo acabaron, y los edificios viejos de sus casas y el encalado parece hoy día... Sácanse también de baxo de tierra joyas y piedras preciosas, esmeraldas y turquesas finas”. Otras

fuentes nos informan que también los tlatelolcas y los tlaxcaltecas estaban implicados en la extracción de las antigüedades toltecas. Tales búsquedas, llevadas a cabo de manera intensiva, tuvieron un efecto devastador. Esto es fácilmente perceptible a nivel arqueológico. La pérdida masiva, cuando no total, de esculturas y piedras de recubrimiento ha sido registrada por doquier en Mesoamérica. Por lo general, las áreas dañadas tienen volúmenes considerables de cerámica temporalmente posterior, hecho que delata inequívocamente a los causantes.

LA RECUPERACIÓN DE UN PASADO GLORIOSO: REUTILIZACIÓN E IMITACIÓN

Las actividades “aditivas” y “sustractivas” tuvieron también un fuerte impacto en las poblaciones de quienes las realizaron. Las reliquias recuperadas en excavaciones premeditadas, así como las descubiertas accidentalmente y las transferidas de generación en generación, fueron reutilizadas, aunque no siempre se les asignó la función para las que habían sido creadas. Seguramente la elevada calidad de las materias primas y de la manufactura de tales objetos influyó en su valoración. Pero, ante todo, la supuesta calidad



Este *chacmool*, hallado recientemente bajo la Casa del Marqués del Apartado, ciudad de México, es casi idéntico en forma y dimensiones a los descubiertos por Jorge R. Acosta en Tula, Hidalgo. Seguramente fue traído desde Tula por los mexicanos.

FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAICES

Esculturas mexicas que imitan imágenes y estilos de Teotihuacan, estado de México; Xochicalco, Morelos; y Tula, Hidalgo, respectivamente. a) Dios del fuego con atributos de Tláloc. b) Cabeza de serpiente con la fecha 8 caña en la cara inferior. c) Guerrero con tocado y pectoral de mariposa.

FOTOS: MARCO ANTONIO PACHECO / RAICES



sobrenatural de bienes cuya creación era atribuida a seres portentosos, decidió a los nuevos propietarios a reinhumarlos en el interior de templos y palacios como parte de ofrendas dedicatorias y funerarias. Al parecer, no sólo las piezas completas tenían este carácter, sino que su poder se extendía a sus fragmentos. De no ser así, es difícil concebir la causa de que varias piezas rotas y simples fragmentos de reliquias se hubieran incluido entre dichos dones.

Muestras de reutilización son las numerosas figurillas, máscaras, pendientes, cucharas rituales, canoas miniatura, hachas y fragmentos de piedra verde, tanto olmecas como de sus contemporáneos del Preclásico Medio, que han sido encontrados por los arqueólogos modernos en contextos del Protoclásico y el Clásico. Hay notables hallazgos en Cerro de las Mesas, Veracruz; Chacsinkín, Yucatán; Cozumel, Quintana Roo; Laguna Francesa, Chiapas; y Uaxactún, Guatemala. Objetos similares también han sido reportados en sitios del Posclásico como Mayapán, Yucatán, y San Cristóbal Verapaz, Guatemala. Otras piezas olmecas, aunque carentes de información contextual, fueron evidentemente reutilizadas por dignatarios del Protoclásico y el Clásico, dada la presencia de inscripciones mayas grabadas en sus superficies. Destacan a este res-

pecto los pendientes del British Museum, el Brooklyn Museum of Art y Dumbarton Oaks, así como la cuchara ritual del Museo de San José, Costa Rica. El caso extremo de reutilización de antigüedades se encuentra en Tenochtitlan. Luego de un siglo de excavaciones arqueológicas, han sido detectados en los principales edificios religiosos de la capital mexicana una máscara y varios fragmentos de figurillas olmecas del Preclásico Medio; cientos de objetos antropomorfos y zoomorfos de estilo Mezcala, que van del Preclásico Medio al Epiclásico; varias placas mayas de piedra verde elaboradas durante el Clásico; decenas de máscaras, figurillas y recipientes del Clásico teotihuacano, y una vasija *plumbate* fabricada en la parte oriental del Soconusco durante el Posclásico Temprano. Los mexicanos modificaron muchos de estos objetos al pintarles atributos divinos, glifos calendáricos y otros motivos. Hay que destacar, además, el hallazgo reciente de un *chacmool* tolteca frente a las ruinas del Templo Mayor.

Las exploraciones prehispánicas en sitios arqueológicos fueron lo suficientemente profusas para que los excavadores pudieran copiar viejos estilos escultóricos, pictóricos y arquitectónicos, además de escenas iconográficas completas. Entre todas las ciudades mesoamericanas, la

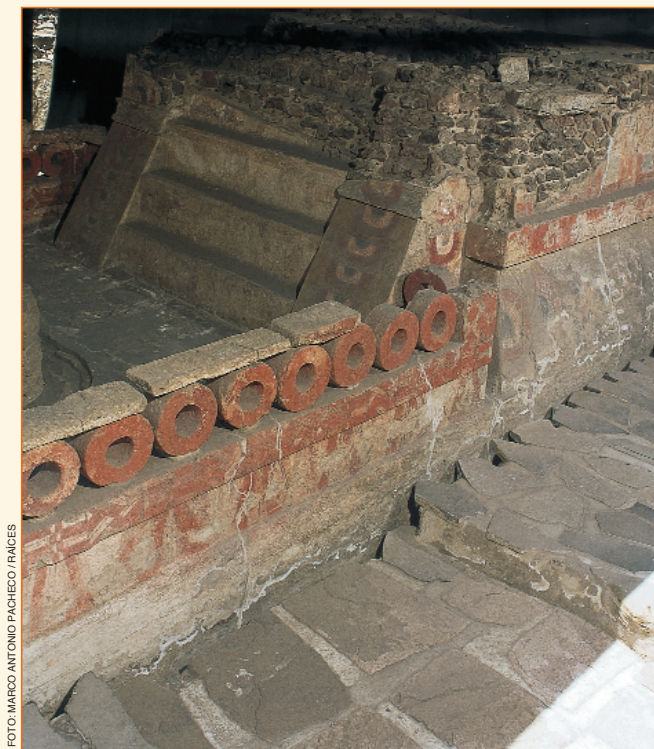


FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAICES

Los llamados “templos rojos”, encontrados en los recintos sagrados de Tenochtitlan y Tlatelolco, combinan armónicamente las alfardas de estilo mexica con el talud/tablero y las pinturas murales de reminiscencia teotihuacana.



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAICES

La Casa de las Águilas es un edificio religioso mexica con ornamentación arcaizante. Sus banquetas con procesiones de guerreros, sus murales con cenefas multicolores y sus braseros Tláloc imitan la decoración de los edificios toltecas.

imitación tuvo en Tenochtitlan su principal centro de expresión. Como nunca antes, los mexicas reprodujeron en su capital añejos cánones artísticos, aunque muchas veces sin respetar cabalmente forma y significado originales. Puede afirmarse que sus imitaciones reinterpretaron el pasado, entreverando eclécticamente lo antiguo con lo nuevo. Sus arcaísmos fungieron así más como evocaciones fragmentarias de tiempos extintos que como réplicas fieles e integrales de conjuntos plásticos específicos. A este respecto, traigamos a la memoria las tallas mexicas que se basan en las tradicionales imágenes teotihuacanas del dios viejo del fuego, en glifos calendáricos xochicalcas con barras y puntos, y en los típicos monumentos toltecas de “atlantes”, portaestandartes, “hombres-pájaro-serpiente”, procesiones de guerreros, serpientes ondulantes, aves rapaces, felinos y braseros con la efigie de Tláloc.

En lo que toca a las evocaciones en la arquitectura sacra, Tenochtitlan y Tlatelolco suman entre sus ruinas varios “templos rojos”, pequeños adoratorios que resucitan en sus fachadas el talud/tablero y las pinturas teotihuacanas. Paralelamente, la sombra de Tula se proyecta sobre la llamada Casa de las Águilas y las capillas aledañas al Templo Mayor, donde el predominio apabullante del arcaísmo anuncia una suerte de “neo-toltequismo” en el arte de la isla. De allí que no carezca de sustento la observación de Octavio Paz, quien apuntó que “si Tula fue una versión rústica de Teotihuacan, México-Tenochtitlan fue una versión imperial de Tula”.

Vale decir que la reutilización de reliquias y la construcción de edificios arcaizantes en Tenochtitlan coinciden con el periodo en el que se integra, consolida y expande al máximo el imperio mexica. La recuperación y el enaltecimiento de civilizaciones extintas en este contexto histórico quizás deba entenderse como una de tantas estrategias para sustentar ante propios y extraños una nueva posición dominante. Con el paso de los siglos, las antigüedades habrían adquirido la calidad de símbolos sacros por excelencia y de legitimadores genealógicos de las acciones de sus beligerantes usuarios.

LA COLONIA: UNA NUEVA PERSPECTIVA DEL PASADO

Con la Conquista se transforma por completo la visión del hombre hacia los vestigios arqueológicos. La expedición de Juan de Grijalva en 1518 es el signo más temprano de los nuevos vientos. Diversos documentos nos narran cómo sus hombres profanaron sepulturas indígenas en la Isla de Sacrificios y en las márgenes del río Tonalá, recuperando para sí recipientes de alabastro y collares de oro. De esta forma, los recién llegados se percatan de que los metales no sólo podían ser obtenidos como “rescate” a cambio de cuentas de vidrio o como botín de guerra. Así lo entendió Andrés Figueroa, capitán español que en tierra mixe cambió los arcabuces por las palas. De acuerdo con Bernal Díaz del Castillo, se dedicó con éxito a violar las tumbas de los caciques locales, cosechando el equivalente de cinco mil pesos de oro.

Con el paso de los años, estas lucrativas expediciones se volvieron tan frecuentes que la corona española se vio en la necesidad de expedir media docena de reales cédulas a lo largo del siglo XVI. La finalidad no era, evidentemente, proteger el patrimonio enterrado, sino asegurar la parte que le correspondía al rey. En un sonado incidente fechado en 1538, el conde de Osorno, beneficiario de una licencia para “abrir enterramientos” en Nueva España, Guatemala, Venezuela y Cabo Vela, se queja con razón de los nuevos gravámenes que se le imponían: el 1.5 % por derechos de fundición, luego el quinto real y, por último, ¡la mitad del remanente para la Real Hacienda! Cabe decir que los propios indígenas también se vieron envueltos en actos de pillaje, los cuales, aclara Motolinía, estuvieron motivados por los onerosos tributos que debían pagar a los peninsulares. También tenemos noticia de hallazgos fortuitos, como el de las ofrendas del Templo Mayor de Tlatelolco, exhumadas durante la construcción de la iglesia de Santiago y cuya venta sirvió para la edificación de dicho templo.

En este panorama marcado por el latrocinio, también hubo espíritus ilustrados. Durante los siglos XVI y XVII, civiles y religiosos examinaron antiguallas y visitaron sitios arqueológicos. El resultado fueron lacónicas descripciones —a veces acompañadas de croquis imperfectos— que por lo común servían de base a divagaciones históricas y teológicas de los orígenes del hombre americano. En este contexto, se inscriben las referencias de Diego de Landa al Castillo de Chichén Itzá (1566); de Antonio de Ciudad Real a las ruinas de Uxmal y Oxkintok (1586); de Gerónimo de Mendieta a Teotihuacan (1596); de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán a Zaculeu (1690), y de Giovanni Francesco Gemelli Careri a San Ángel, Azcapotzalco y Teotihuacan (1708).

Punto final de este periodo de la arqueología mexicana y prefiguración de los tiempos por venir es la presencia luminosa en la Nueva España del italiano Lorenzo Boturini Benaducci y del criollo Carlos de Sigüenza y Góngora. El primero reúne, entre 1736 y 1744, una colección única de pictografías indígenas. Al segundo, en cambio, se debe la primera excavación arqueológica del continente en las ruinas de Teotihuacan alrededor de 1675, según lo subrayan autores como Daniel Schávelzon y Mitchell A. Coddig. Aún se discute, sin embargo, si la exploración de Sigüenza fue realizada en la Pirámide del Sol o en la de la Luna, y si su objetivo fue averiguar si estaba hueca y contenía una tumba o simplemente si era completamente artificial. Cualquiera que sea el caso, el gran aporte de Sigüenza fue haber inaugurado el método experimental en la arqueología mesoamericanista.

Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Université de Paris. Investigador del Museo del Templo Mayor, INAH Premio de Investigación 2000 de la Academia Mexicana de Ciencias. Forma parte del Comité Científico de la exposición sobre historia de la arqueología mexicana organizada por el Antiguo Colegio de San Ildefonso.



REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAICES

Plano de la fortaleza mam de Zaculeu, Guatemala. Fue elaborado por Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, y publicado en 1690 en su célebre *Recordación Florida*.



El sabio novohispano Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700). Incursionó en la literatura, la historia, las matemáticas y la astronomía. Su fama llegó hasta la corte del soberano francés Luis XIV.

REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAICES